

EL ENCUENTRO DE HANNAH ARENDT CON FRIEDRICH VON GENTZ

SOBRE LA REVOLUCIÓN, LA PRESERVACIÓN Y LA UNIDAD EUROPEA*

ANNA JURKEVICS
anna.jurkevics@ubc.ca
University of British Columbia

PALABRAS CLAVE:

Hannah Arendt
Friedrich von Gentz
Europa

RESUMEN:

Este artículo contextualiza las complejas y a veces contradictorias opiniones de Hannah Arendt sobre el estadista prusiano y teórico del equilibrio de poder Friedrich von Gentz. Una mejor comprensión del encuentro de Arendt con Gentz arrojará luz sobre lo siguiente: la compleja relación de Arendt con el conservadurismo, las influencias tempranas en su compromiso con la unidad y la federación europeas y el desarrollo temprano de su convicción de que las patologías del sistema de Estados-nación requieren una respuesta revolucionaria y cosmopolita. Además, la comprensión de este temprano encuentro y de sus perdurables huellas aclarará por qué Gentz, que estuvo activo en el apogeo de la “Era de las Revoluciones”, se convirtió de nuevo en un importante interlocutor para Arendt cuando exploró la posibilidad de una nueva era de revoluciones en *Sobre la revolución*.

KEYWORDS:

Hannah Arendt
Friedrich von Gentz
Europe

ABSTRACT:

*This article contextualizes Hannah Arendt's complex and sometimes contradictory views on the Prussian statesman and balance-of-power theorist Friedrich von Gentz. A better grasp of Arendt's encounter with Gentz will shed light on the following: Arendt's complex relationship with conservatism, the early influences on her commitment to European unity and federation, and the early development of her conviction that the pathologies of the nation-state system require a revolutionary, cosmopolitan answer. Moreover, understanding this early encounter and its lasting traces will clarify why Gentz, who himself was active at the height of the “Age of Revolution,” once again became an important interlocutor for Arendt as she explored the possibility of a new age of revolutions in *On Revolution*.*

* Este artículo se publicó con el título ‘Hannah Arendt Encounters Friedrich von Gentz: On Revolution, Preservation, and European Unity’ en *Modern Intellectual History* 19 (2022), pp. 1134-1156. Agradecemos a Cambridge University Press y a la autora su gentileza para traducirlo.

Este artículo se embarca en lo que podría parecer una tarea inusual, que consiste en narrar la consideración que tenía Hannah Arendt por Friedrich von Gentz, una figura cuya obra —por ejemplo, sus más conocidos *Fragmentos sobre el equilibrio del poder* (1806)— no parece haber leído antes de escribir extensamente sobre él.¹ Sin embargo, provista únicamente de su correspondencia e información biográfica, la joven Arendt desarrolló una opinión reveladora sobre el estadista prusiano, destacándolo en tres artículos: ‘Friedrich von Gentz: en el centenario de su muerte’ (1932), *Rahel Varnhagen: la vida de una mujer judía* (escrito por etapas entre 1928 y 1938) y una reseña de la biografía de Paul Sweet *Friedrich von Gentz: Defender of the Old Order* (Friedrich von Gentz: defensor del Antiguo Régimen, 1942).² Arendt llegó a leer a Gentz —lo cita en *Sobre la revolución* (1963) y *Entre el pasado y el futuro* (1961)—, pero para entonces su relación con él se limita a notas a pie de página. ¿Qué debemos hacer con esto?

Gentz es una figura tan secundaria en la obra de Arendt que su encuentro ha recibido muy poca atención y ningún análisis detallado.³ Una de las razones es que la posición de Arendt sobre él es muy difícil de descifrar, debido en parte al denso lenguaje de la biografía de Rahel, descrita en una ocasión por un crítico como “un libro implacablemente abstracto, lento, desordenado, estático, curiosamente opresivo; leerlo es como estar en un invernadero sin reloj”.⁴ Como analizo más adelante, las descripciones que Arendt hace de Gentz en esa obra son contradictorias y desorientadoras. Sin embargo, hay una intención detrás de la oscuridad de Arendt sobre Gentz y puede ser iluminada si contextualizamos adecuadamente su descripción de él dentro del desarrollo de su pensamiento sobre la unidad europea y la política internacional.

Mi objetivo en lo que sigue, es pues, esclarecer algunos contornos esquivos del pensamiento internacional de Arendt tal como se desarrollaron a través de su encuentro con Gentz. Una mejor comprensión de este encuentro arrojará luz sobre lo siguiente: la compleja relación de Arendt con el conservadurismo, las primeras influencias de su

¹ Los primeros ensayos de Arendt sobre Gentz se basan en sus cartas con Rahel Varnhagen y la biografía de PAUL R. SWEET, *Friedrich von Gentz: Defender of the Old Order*, publicada en 1941. Una copia anotada de esta última se conserva en su biblioteca en el Bard College, en <http://blogs.bard.edu/arendtcollection/sweet-paul-robinson-friedrich-von-gentzdefender-of-the-old-order>.

² HANNAH ARENDT, ‘A Believer in European Unity. Book Review of *Friedrich von Gentz: Defender of the Old Order* by Paul R. Sweet’, *Review of Politics* 4/2 (1942), pp. 245-247; ‘Friedrich von Gentz: On the 100th Anniversary of His Death, June 9, 1932’, en *Reflections on Literature and Culture*, ed. de S. Young-Ah Gottlieb, Stanford UP, 2007, publicado por primera vez en 1932, pp. 31-7 (*Ensayos de comprensión 1930-1954*, trad. de A. Serrano de Haro, Caparrós, Madrid, 2005); *Rahel Varnhagen, The Life of a Jewess. First Complete Edition*, ed. de L. Weissberg, trad. de R y C. Winston, Johns Hopkins UP, Baltimore y Londres, 1997, publicado por primera vez en 1959 (*Rahel Varnhagen: la vida de una mujer judía*, trad. de D. Najmias, Lumen, Barcelona, 2000).

³ Véase MARLIS GERHARDT, ‘Einleitung: Rahel Levin, Friederike Robert, Madame Varnhagen’, en *Rahel Varnhagen: Jeder Wunsch und Frivolität Genannt: Briefe und Tagebücher*, Luchterhand, Darmstadt, 1983, pp. 7-30, 22-5; SEYLA BENHABIB, *The Reluctant Modernism of Hannah Arendt*, SAGE, Lanham, 2000, p. 31 (*El reluciente modernismo de Hannah Arendt: el diálogo con Martin Heidegger*, trad. de F. Colom, Episteme, Valencia, 1996); ETIENNE TASSIN Y JEROME MELANCON, ‘... Sed Victa Catoni: The Defeated Cause of Revolutions’, *Social Research* 74/4 (2007), pp. 1109-1126.

⁴ SYBILLE BEDFORD, ‘Emancipation and Destiny’, *The Reconstructionist*, 12 de diciembre de 1958, pp. 22-26, p. 23.

compromiso con la unidad europea y el desarrollo de su convicción de que las patologías del sistema de Estados-nación requieren una respuesta revolucionaria y cosmopolita. Además, comprender este encuentro y sus duraderas huellas aclarará por qué Gentz, que estuvo activo en el apogeo de la “Era de las Revoluciones”, se convirtió de nuevo en un interlocutor importante para Arendt cuando exploró la posibilidad de una nueva era de revoluciones en *Sobre la revolución*. Esta obra replica la estructura, pero se distancia de la obra de Gentz de 1800 *The Origin and Principles of the American Revolution Compared with the Origin and Principles of the French Revolution* (El origen y los principios de la Revolución americana comparados con el origen y los principios de la Revolución francesa, traducida al inglés en 1801 por John Quincy Adams). Arendt comparte las suspicacias de Gentz hacia los franceses y coincide en que la cuestión de la unidad política más allá de la nación está entrelazada con la tradición revolucionaria, pero también rechaza su intento de minimizar y domesticar la naturaleza revolucionaria de la fundación de Estados Unidos. Así, *Sobre la revolución* también contiene rastros de la adhesión de Arendt a Rahel Varnhagen, especialmente en su compromiso con la imaginación revolucionaria-cosmopolita. En definitiva, Arendt podía ser al mismo tiempo alumna de conservadores como Gentz y de revolucionarios porque era *sui generis*. Sencillamente, no aceptaba la dicotomía entre *Realpolitik* y política emancipadora.

Un análisis renovado de *Sobre la revolución* en el contexto del encuentro de Arendt con Gentz arroja luz sobre el hecho de que esta obra debe leerse no solo como un trabajo sobre las revoluciones domésticas, sino también como un tratado geopolítico. Mientras que *Los orígenes del totalitarismo* (1951) se ha considerado a menudo la principal contribución de Arendt a la teoría política internacional, es en *Sobre la revolución* donde prescribe definitivamente una alternativa al sistema del Estado-nación y es en *Sobre la revolución* donde reflexiona sobre el declive de la guerra interestatal en la era de la disuasión nuclear, un declive que espera que deje espacio para la instauración de una “nueva ley de la tierra” en forma de democracias de consejos federados no soberanos.⁵

Para desentrañar esta historia, adopto un enfoque, sugerido por Richard Bernstein y Bryan Garsten, consistente en seguir a Arendt a medida que desarrolla una de sus líneas de pensamiento.⁶ Dado que Arendt prefería un enfoque fragmentario del pensamiento, sus posturas pueden ser evasivas.⁷ Teniendo esto en cuenta, sigo a Arendt cuando piensa con y contra Gentz y cuando lo refracta a través de la lente de su amistad con Rahel Varnhagen. Es importante señalar que, al desentrañar esta línea de pensamiento, adopto un enfoque ingenuo de la valoración que Arendt hace de Gentz (y de Rahel Varnhagen, en realidad). Con esto quiero decir que no dedico mucho tiempo a discutir la lectura (errónea o no) que Arendt hace de Gentz, ya que mi objetivo es comprender cómo el encuentro dejó marcas indelebles en su pensamiento internacional maduro. No obstante, trato de señalar

⁵ Arendt aboga por primera vez por una “nueva ley de la tierra” en *The Origins of Totalitarianism*, Harvest. San Diego, 1976, ix, primera publicación en 1951 (HANNAH ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, trad. de G. Solana Díez, Alianza, Madrid, 2006).

⁶ BRYAN GARSTEN, ‘The Elusiveness of Arendtian Judgment’, *Social Research* 74/4 (2007), pp. 1071-1108, p. 1074; RICHARD BERNSTEIN, *Hannah Arendt and the Jewish Question*, MIT Press, Cambridge (MA), 1996, p. 123.

⁷ Véase SEYLA BENHABIB, ‘The Elusiveness of the Particular: Hannah Arendt, Walter Benjamin, and Theodor Adorno’, en *Exile, Statelessness, and Migration: Playing Chess with History from Hannah Arendt to Isaiah Berlin*, Princeton UP, 2018, pp. 34-60.

sus interpretaciones erróneas cuando son evidentes y menciono las propias palabras de Gentz cuando ayudan a profundizar en sus posiciones políticas y su carácter.⁸

La visión posterior de Arendt del orden internacional no soberano incorpora lecciones clave que aprendió no solo de Gentz y Rahel Varnhagen, sino también de otras figuras de la tradición geopolítica alemana, como Carl von Clausewitz (cuyo tratado *Sobre la guerra* estaba leyendo en 1940 mientras huía de Europa), Carl Schmitt y, más tarde en el exilio, su amigo Hans Morgenthau. Estudios recientes se han centrado en las dimensiones internacionales del pensamiento de Arendt y, en este contexto, sería fructífera una investigación de sus relaciones directas con pensadores geopolíticos clave.⁹ Además, el distintivo enfoque antisoberanista de Arendt hacia la política internacional merece atención ahora más que nunca porque su objetivo era teorizar la democracia, los derechos humanos y la unidad política más allá de los límites del Estado-nación, un tema de debate perenne en la política contemporánea.¹⁰ Como demostraré, Gentz no fue capaz de ver más allá del sistema del Estado-nación ni se comprometió con la democracia. Esta aparente incompatibilidad hace que la ambigua aceptación de Arendt hacia el hombre y su voluntad de extraer lecciones de él sean aún más interesantes.

ENCUENTROS: RAHEL VARNHAGEN, FRIEDRICH VON GENTZ, HANNAH ARENDT. Rahel Varnhagen, de soltera Levin (1771-1833), fue la anfitriona de un destacado salón de la Ilustración a principios del siglo XIX en Prusia. A sus reuniones en la Jägerstraße de Berlín acudieron personalidades como Schlegel, Schelling, los Humboldt, Schleiermacher, Tieck y Brentano y muchas otras eminencias de la época. En 1801, Friedrich von Gentz (1764-1832) empezó a frecuentar el salón y entabló amistad con Rahel. Gentz era asesor diplomático prusiano y hombre de mundo. Fue secretario de Metternich en el Congreso de Viena (1815), donde defendió a ultranza el viejo orden frente a los embates de la modernidad napoleónica. Los propósitos de Gentz a menudo cambiaron para adaptarse al contexto, pero sirvió a la paz de Europa y mantuvo un blanco constante: Napoleón. Muchos han señalado la ambigüedad de su carácter, pero su persecución de todo lo que representaba Napoleón era incuestionable, como bien resume aquí el primer ministro británico George Canning: “Sé que mucha gente desconfía mucho de él y, aunque admito

⁸ Para una lectura fiel de Gentz, me baso en la reevaluación matizada que Jonathan Green hace de su pensamiento en ‘Fiat Justitia, Pereat Mundus: Immanuel Kant, Friedrich Gentz, and the Possibility of Prudential Enlightenment’, *Modern Intellectual History* 14/1 (2017), pp. 35-65.

⁹ De estos encuentros, el que más atención ha recibido es la interacción crítica de Arendt con Schmitt, incluyendo ANNA JURKEVICS, ‘Hannah Arendt Reads Carl Schmitt’s *The Nomos of the Earth*: A Dialogue on Law and Geopolitics from the Margins’, *European Journal of Political Theory* 16/3 (2017), pp. 345-366; HANS SLUGA, ‘The Pluralism of the Political: From Carl Schmitt to Hannah Arendt’, *Telos* 142 (2008), pp. 91-109, y ANDREAS KALYVAS, *Democracy and the Politics of the Extraordinary: Max Weber, Carl Schmitt, and Hannah Arendt*, Cambridge UP, 2009. Sobre Arendt y Morgenthau, véase DOUGLAS KLUSMEYER, ‘Hannah Arendt’s Critical Realism: Power, Justice, and Responsibility’, en *Hannah Arendt and International Relations*, ed. de J. Williams y A. F. Lang, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2005, pp. 113-178; ALISON MCQUEEN, *Political Realism in Apocalyptic Times*, Cambridge UP, 2018, pp. 147-191; el pensamiento geopolítico de Arendt también es el tema de PATRICIA OWENS, *Between War and Politics: International Relations and the Thought of Hannah Arendt*, Oxford UP, 2007.

¹⁰ Por ejemplo, JÜRGEN HABERMAS, *The Postnational Constellation: Political Essays*, trad. de Max Pensky, MIT Press, Cambridge (MA), 2001 (*La constelación posnacional: ensayos políticos*, trad. de P. Fabra Abat, Paidós, Barcelona, 2000); SEYLA BENHABIB, *Another Cosmopolitanism*, Oxford UP, 2006; JAMES BOHMAN, *Democracy across Borders: From Demos to Demoi*, MIT Press, Cambridge (MA), 2007.

que es algo despilfarrador y un gran derrochador, está y ha estado siempre en los buenos principios políticos y tiene esta cierta recomendación y garantía de su sinceridad: que *sería infaliblemente fusilado si Bonaparte lo atrapara*.¹¹ Aunque Gentz era prusiano, estuvo al servicio de diversos patronos, lo que no era inusual para la época. Trabajó en varias ocasiones para Austria, Gran Bretaña y Rusia y pasó un tiempo en Inglaterra. Gentz era también un intelectual: estudioso de Kant, traductor de Burke y uno de los primeros teóricos del equilibrio de poder (*politisches Gleichgewicht*), que consideraba el eje de la estabilidad europea. Su particular conservadurismo rechazaba los despertares nacionalistas por considerarlos peligrosos, lo que le enfrentó a contemporáneos prusianos como su protegido Adam Müller.

Gentz era uno de los íntimos de Rahel Varnhagen y, como Arendt no tardó en ver cuando adquirió la correspondencia de Rahel, sus cartas son fascinantes. La amistad entre ambos parece haber sido un caso de “los opuestos se atraen”. Mientras que a Rahel, mujer y judía, se le prohibía el acceso a los asuntos políticos, Gentz sí logró acceso. Rahel era una paria a pesar de su posición en el salón; Gentz, en cambio, se movía con facilidad, quizá con demasiada facilidad, por lo que “nunca pudo librarse del reproche de ser sobornable”.¹² Sus naturalezas también eran diferentes. Según Arendt, Rahel era intelectualmente espontánea, “anárquica” y original; Gentz, en cambio, era receptivo, sensual, vanidoso, un coleccionista de experiencias.¹³ Su relación fue íntima pero nunca se consumó, aunque no por falta de intentos por parte de Gentz.¹⁴ Fue una relación que no se vio afectada por el antisemitismo de Gentz y, tal como la describe Arendt, la actitud de Rahel hacia él parece haber sido indulgente.

Hannah Arendt (1906-75) conoció a los dos amigos en la década de 1920, cuando una amiga de la infancia le regaló un ejemplar del *Andenken* (1834) de Rahel, una recopilación de correspondencia reunida por su marido tras su muerte.¹⁵ El *Andenken* atrajo a Arendt hacia la figura de Rahel, con la que se identificó y a quien más tarde llamaría “mi amiga más íntima, aunque lleva muerta unos cien años”.¹⁶ En 1928, la joven Arendt comenzó una investigación sobre el Romanticismo alemán con vistas a una *Habilitationsschrift* (segunda tesis doctoral). El trabajo fue interrumpido por el ascenso del nazismo, completado en el exilio entre 1937 y 1928 y se publicaría finalmente en 1959 como *Rahel Varnhagen: La vida de una judía*.¹⁷ Gentz ocupa un lugar destacado en la biografía, ya que Arendt capta vívidamente su amistad con Rahel y muestra un agudo interés por el enigma de su afecto.

¹¹ George Canning al conde de Bathurst (1809), citado por TRAVIS EAKIN, *Between the Old and the New: Friedrich Gentz, 1764-1832* (tesis doctoral inédita, Universidad de Missouri-Columbia, 2019), p. 252, énfasis mío.

¹² ARENDT, *Friedrich von Gentz*, p. 32.

¹³ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 149.

¹⁴ En su correspondencia, Gentz insta repetidamente a Rahel a consumir su unión. Véase *Rahel Varnhagen*, p. 150.

¹⁵ RAHEL VARNHAGEN, *Rahel: Ein Buch des Andenkens für ihre Freunde*, 3 vols., Duncker und Humblot, Berlín, 1834.

¹⁶ ELISABETH YOUNG-BRUEHL, *Hannah Arendt: For Love of the World*, Yale UP, New Haven y Londres, 1982, p. 56.

¹⁷ LILIANE WEISSBERG, ‘Introduction: Hannah Arendt, Rahel Varnhagen, and the Writing of (Auto)Biography’, en ARENDT, *Rahel Varnhagen*, pp. 3-70, p. 5.

La admiración de Arendt por Gentz —especialmente en su elogioso ensayo de 1942— resultan desconcertantes dado su antisemitismo, su defensa de la autocracia y su descarado arribismo, una cualidad que normalmente repugnaba a Arendt.¹⁸ ¿Por qué, a pesar de admitir estos aspectos de su carácter, no lo rechaza? Una posible explicación es que el afecto de Arendt por Gentz derivaba del que sentía por Rahel. Quienes hayan leído la biografía de Rahel comprenderán la identificación emocional que subyace al estudio que hace Arendt de su predecesora. Sin embargo, su interés por Gentz va más allá de la confianza depositada en Rahel.

¿Quién era Gentz para Hannah Arendt? La postura de Arendt es notablemente difícil de descifrar. Su descripción de él en la biografía de *Rahel* es contradictoria y desconcertante. A lo largo de un extenso pasaje en el que presenta al personaje, oscila de forma vertiginosa: “Gentz quería conservar todo lo existente, pero no era un conservador. Defendía la reacción como un hombre de la Ilustración, pero no era en absoluto un liberal. Era el último romántico, pero tampoco era un romántico.”¹⁹ Al lector le cuesta orientarse, pero esa es precisamente la intención de Arendt: está representando el efecto desorientador de la negativa de Gentz a encasillarse en los campos ideológicos de su época. Por ejemplo, aunque rechazaba el Romanticismo nacionalista de figuras como Müller, Arendt ve en su intenso deseo de experiencia (*Erlebnis*) un rasgo esencialmente romántico.²⁰ Impulsado por su necesidad de vivir experiencias, Gentz aspiraba a “saberlo todo” sobre el devenir de los acontecimientos: “Gentz, como Schlegel y Humbolt, buscaba la realidad. Se entregó ingenuamente al placer y a la belleza del mundo, pero logró hacer lo que seguía siendo imposible para Friedrich Schlegel o, en el fondo, para Humboldt: intervenir activamente en el mundo real y adaptarse constantemente a las circunstancias”.²¹ Así, la sed de experiencia de Gentz le impulsó hacia el poder, que para él tenía el sentido más profundo de la realidad. Arendt escribe: “En el mundo sólo reconocía el poder real”.²² En su análisis, el deseo de Gentz de obtener una visión privilegiada del “mundo de la realidad” lo arrastró a las olas de los asuntos políticos, donde, en su afán por “saberlo todo”, sucumbió a una corriente que arrasó con sus primeros principios y lo hizo imposible de encasillar.

Aquí es importante señalar que Arendt no interpreta del todo bien a Gentz. Jonathan Green ha demostrado recientemente que la transformación de Gentz de partidario temprano de la Revolución francesa a archiconservador es más sutil de lo que se suele admitir.²³ De hecho, Gentz no abandonó sus principios, sino que desarrolló un enfoque complejo de la “Ilustración prudencial” a lo largo de su carrera, llegando a la convicción de que las realidades del arte de gobernar deben integrarse con principios morales para que estos últimos sean aplicables. El problema de Gentz con la Revolución francesa no eran sus principios, “sino que [los fundadores revolucionarios] pensaban que

¹⁸ Para una crítica mordaz del arribismo social, véase un documento inédito y sin título escrito por Arendt, probablemente un discurso, entre 1941 y 1942, posteriormente titulado ‘German Emigres’, Biblioteca del Congreso, Documentos de Hannah Arendt, Archivo de discursos y escritos, disponible en <https://memory.loc.gov/ammem/arendthtml/mharendtFolderPO5.html>.

¹⁹ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 147.

²⁰ Sobre la experiencia (*Erlebnis*) como romántica, véase WILHELM DILTHEY, *Das Erlebnis und die Dichtung*, B.G. Teubner, Leipzig y Berlín, 1913 (publicado por primera vez en 1905).

²¹ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 146.

²² ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 146.

²³ GREEN, ‘Fiat Justitia, Pereat Mundus’.

esos derechos eran suficientes, que esperaban construir un Estado solo con estos derechos cuando, de hecho, también se requieren otros materiales”, especialmente las “exigencias de la prudencia”.²⁴ Pero Arendt no es una lectora tan sutil de Gentz, y de hecho puede que ni siquiera lo haya leído en el momento en que escribe esto y, por tanto, este hecho se le escapa. Lo interesante para mis propósitos es que la representación oscura y contradictoria que hace Arendt de Gentz es intencionada. *Quiere* presentar a Gentz como una figura no fija; esa es, para ella, la esencia de su carácter.

Curiosamente, en ese mismo pasaje, tras describir el caos de un hombre más movido por el deseo de experiencia que por principios internos, Arendt llega a una conclusión definitiva que revela lo que admiraba de Gentz. Puede que él fuera una “figura inasible”,²⁵ pero Gentz sí tenía un punto de orientación dentro del caos del poder real: su compromiso con el “magnífico viejo mundo”, es decir, Europa.²⁶ Arendt concluye: “Le interesaba tan poco un principio como el otro; como mucho, le preocupaba el *gran viejo mundo* cuyo declive se había visto obligado a presenciar y que no podía soportar”.²⁷ Este magnífico viejo mundo no es otro que la precariamente equilibrada familia de Estados europeos, que Gentz veía amenazada por Napoleón. En este único compromiso, Arendt encuentra en Gentz algo más que un hombre seducido por los asuntos políticos; encuentra a un defensor de la unidad europea.

GENTZ EL CONSERVADOR: DEFENSOR DE EUROPA, PRESERVADOR DEL MAGNÍFICO VIEJO MUNDO. Ya a principios de la década de 1930, antes de los acontecimientos de 1933 que forzaron su exilio, Arendt ya valoraba el compromiso de Gentz con la unidad europea. En su ensayo conmemorativo de 1932, que precede a la finalización de la biografía de Rahel, destaca a Gentz por su dedicación a Europa: “Dedicó todos sus esfuerzos al *magnífico viejo mundo* cuyo declive estaba presenciando. Ese *magnífico viejo mundo* era Europa”.²⁸ En 1932, Arendt se siente testigo de un nuevo y aterrador episodio de declive europeo.²⁹ En el prefacio de la biografía de *Rahel*, que estaba escribiendo en ese momento, explica: “La presente biografía se escribió siendo consciente de la fatalidad del judaísmo alemán”.³⁰ Una década más tarde, Europa está en guerra. Para entonces, al responder a la publicación en 1942 de una biografía sobre Gentz, comenta que “es de una extraña y emocionante actualidad, ya que, de nuevo, la cuestión de la unidad europea presenta una de las tareas políticas más importantes”.³¹

El lenguaje de Arendt sobre la actualidad sugiere que ella creía que las enseñanzas de Gentz podrían ser útiles en su propia época. Sin embargo, antes de extraer estas lecciones, es importante distinguir las concepciones que Gentz y Arendt tenían de Europa.

²⁴ GREEN, ‘Fiat Justitia, Pereat Mundus’, p. 41, citando a FRIEDRICH VON GENTZ, *Betrachtungen über die französische Revolution nach dem Englischen des Herrn Burke*, vol. 1, F. Bieweg, Berlín, 1793, pp. 89-90, p. 95.

²⁵ EAKIN, ‘Between the Old and the New’, p. 254.

²⁶ ARENDT, ‘Friedrich von Gentz’, p. 33.

²⁷ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 147. La traducción de *große alte Welt* difiere.

²⁸ ARENDT, ‘Friedrich von Gentz’, p. 33.

²⁹ Arendt llegó a la convicción de que los nazis tomarían el poder antes de la *Machtergreifung* (1933). Para 1932, ya opinaba que el camino al poder se había abierto realmente en 1929, cuando Hitler recibió el apoyo del financiero Alfred Hugenberg. YOUNG-BRUEHL, *Hannah Arendt*, p. 98.

³⁰ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 82.

³¹ ARENDT, ‘A Believer in European Unity’, p. 247.

No solo vivieron en épocas diferentes, sino que simpatizaban con ideales distintos. Mientras que Gentz se esforzaba por preservar la estabilidad y la unidad europeas mediante el equilibrio entre actores ya poderosos, Arendt está comprometida con los ideales europeos del cosmopolitismo revolucionario y la resistencia antifascista. Sus héroes no eran jefes de Estado, sino individuos como Rahel Varnhagen, Rosa Luxemburgo y René Char (de quienes hablaré más adelante).

Dejando a un lado las diferencias, ambos comparten varios compromisos. Una de las posturas que capta la atención de Arendt es el profundo rechazo de Gentz hacia los movimientos nacionalistas. Cuando Napoleón arrasó las tierras alemanas en 1806, despertando un amplio “sentimiento nacional”, Gentz desconfiaba de las propuestas de unificación nacional alemana.³² Esta postura se intensificó después de que desempeñara un papel clave en la restauración del orden anterior a Napoleón en el Congreso de Viena de 1815. En la cúspide de su poder, Gentz ayudó a diseñar políticas como los reaccionarios Decretos de Karlsbad (1819), que censuraban a los grupos revolucionarios nacionalistas, como las *Burschenschaften* dirigidos por estudiantes, de los que Gentz escribió: “Así pues, es revolucionario en el sentido más extremo y peligroso de este término. Porque, se piense lo que se piense, teórica o históricamente, de la actual organización de los Estados alemanes, la unificación por la que estos verdaderos y consumados jacobinos han estado luchando durante seis años no puede lograrse sin las revoluciones más violentas, sin el derrocamiento de Europa”.³³ La postura de Gentz le hizo muy impopular entre sus contemporáneos intelectuales y lo marcó permanentemente como secuaz conservador de Metternich, con quien redactó los decretos. Aunque Arendt no tiene nada bueno que decir del conservadurismo de la época de la Restauración, admira el rechazo de Gentz a los proyectos políticos nacionalistas: “En una época de creciente nacionalismo, la causa que Gentz defendía era muy impopular. Toda su vida promovió la idea de Europa, la Europa que había conocido en el siglo XVIII y que estaba seriamente amenazada por las guerras napoleónicas y el implacable nacionalismo que estas habían creado”.³⁴ La preocupación de Gentz siempre fue el precario equilibrio de poder entre los Estados europeos, un equilibrio que no solo enfrentaba poder contra poder, sino que era una condición previa para la paz y las relaciones amistosas, a lo que Arendt se refirió más tarde como la “cortesía de las naciones”. Arendt coincide con Gentz en que “el creciente nacionalismo del siglo XIX” no hizo más que “destruir la unidad de Europa”.³⁵

Arendt muestra su fascinación por el hecho de que Gentz, que tenía sensibilidades románticas y se movía en círculos románticos, nunca abrazó el nacionalismo. Incluso en los círculos de poder del Congreso de Viena, donde había intereses nacionales en juego, Gentz mantuvo un desinterés en lo nacional: “Mientras que Metternich defendía los intereses austriacos, Talleyrand los franceses, Castlereagh y Canning los ingleses, el

³² EAKIN, ‘Between the Old and the New’, pp. 137-152. La postura de Gentz fue ambigua al principio. Compartía con los nacionalistas un sentimiento de orgullo por la cultura prusiana, pero no apoyaba la unificación política.

³³ FRIEDRICH VON GENTZ, *Staatsschriften und Briefe: Auswahl in zwei Bänden*, vol. 2, Mannheim, 1838-9, p. 53; citado por EAKIN, ‘Between the Old and the New’, pp. 214-215. Véase también JONATHAN GREEN, *Edmund Burke’s German Readers at the End of Enlightenment* (tesis doctoral inédita, Universidad de Cambridge, 2018, p. 162).

³⁴ ARENDT, ‘A Believer in European Unity’, p. 246.

³⁵ ARENDT, ‘A Believer in European Unity’, p. 247.

prusiano Gentz se esforzaba por defender los intereses de Europa”.³⁶ Más adelante, en *Los orígenes del totalitarismo*, Arendt describe a estos nacionalistas de la *Realpolitik* —casi siempre elige a un francés como su representante (Talleyrand o luego Clemenceau) porque asocia a Francia con el principio nacional— como fundamentalmente equivocados respecto a sus propios objetivos. Si su propósito era fortalecer el poder de sus respectivos Estados-nación, no supieron ver cómo el nacionalismo socavaba la estabilidad de Europa en su conjunto. No solo eso, sino que tampoco advirtieron cómo la nación acabaría devorando los logros del Estado liberal moderno, como el Estado de derecho, los derechos exigibles, la igualdad jurídica y el constitucionalismo.³⁷ En *Los orígenes del totalitarismo*, Arendt explica que “el Estado heredó como función suprema la protección de todos los habitantes dentro de su territorio, sin importar su nacionalidad, y se suponía que debía actuar como institución jurídica suprema. La tragedia del Estado-nación fue que la creciente conciencia nacional del pueblo interfería con estas funciones”.³⁸ Aunque sería exagerado decir que Gentz por sí solo llevó a Arendt a esta posición, hay sin embargo un lenguaje gentziano identificable —el lenguaje de la “conciencia nacional” y la desconfianza hacia las emancipaciones nacionales— que permanece en las obras maduras de Arendt como un recuerdo de su temprano encuentro con su pensamiento.

Al final, la crítica de Arendt al nacionalismo es más compleja que la de Gentz. En *Orígenes*, Arendt analiza el nacionalismo en el contexto del “sistema de Estados-nación”, cuyas crisis, contradicciones y fragilidades quedarían al descubierto en los desastres del siglo XX. Arendt distingue el “principio nacional” del imperialismo racial y del totalitarismo y argumenta que estos dos últimos surgieron de los fracasos del Estado-nación.³⁹ Arendt está de acuerdo con la valoración de Gentz del nacionalismo como algo destructivo a principios del siglo XIX, pero al extender este análisis a lo largo del tiempo, observa cómo esa misma fuerza se volvería más tarde *impotente* ante sus propios fracasos, abriendo la puerta a movimientos políticos mucho más perniciosos en el siglo XX.

A pesar de la complejidad de su teoría, Arendt coincide con Gentz en que una Europa de Estados-nación no puede ser una Europa estable ni cooperativa y, por tanto, la unidad es la principal tarea geopolítica del continente. En *Orígenes*, Arendt refleja el compromiso de Gentz con la unidad diplomática en sus repetidas referencias a la “cortesía” entre las naciones europeas.⁴⁰ “Cortesía de las naciones” es un término jurídico que se refiere a las condiciones diplomáticas previas para una coordinación internacional pacífica y el uso que Arendt hace de él indica que está de acuerdo con la conclusión de Gentz de que es una condición *sine qua non* para la paz. Como exploraré más adelante, en última instancia ella considera que la cortesía de las naciones dentro de un sistema westfaliano es demasiado frágil para enfrentar las crisis de su época, una conclusión que la lleva a explorar las federaciones. Curiosamente, Gentz también se sintió atraído por las

³⁶ ARENDT, ‘A Believer in European Unity’, p. 247.

³⁷ Si bien Arendt critica tanto el nacionalismo como la soberanía, también elogia las estructuras jurídicas del Estado moderno. Para una descripción detallada de Arendt sobre el Estado, véase CHRISTIAN VOLK, *Arendtian Constitutionalism: Law, Politics and the Order of Freedom*, Hart, Oxford, 2015.

³⁸ ARENDT, *The Origins of Totalitarianism*, p. 230.

³⁹ Arendt presenta la noción del “principio nacional” en *The Origins of Totalitarianism*. Más tarde, se refiere a él como el “principio del Estado-nación” en *On revolution*, Penguin, Nueva York, 2006, p. 157 (primera publicación en 1963; *Sobre la revolución*, trad. de Pedro Bravo, Alianza, Madrid, 2013).

⁴⁰ ARENDT, *The Origins of Totalitarianism*, pp. 15, 147, 161, 184, 267, 278, 391, 414.

federaciones. Cuando Arendt revisa su biografía en 1942, se alegra de descubrir que “las fuerzas que Gentz consideró adecuadas para contrarrestar [el nacionalismo despiadado] fueron, en un primer momento, la política inglesa del *equilibrio de poder* y, más tarde, la monarquía federada austriaca, que se basaba en un principio opuesto al nacional y cuyos intereses, por diversas razones, coincidían con el interés general de Europa”.⁴¹ Así pues, la unidad política, y la unidad de Europa en particular, ya sea mediante la cortesía diplomática, la federación o ambas, es quizá el hilo conductor más importante del pensamiento gentziano que Arendt retoma.

Debido a su temprana y permanente preocupación por la cuestión de la cooperación europea, Arendt no descarta la preocupación de Gentz por la estabilidad como un mero conservadurismo. Y esto a pesar de que Gentz fue un ferviente defensor de la política de Metternich de la “calma a cualquier precio”.⁴² La propia Arendt no apoyaba la “calma a cualquier precio” —pues simpatizaba con los revolucionarios y los luchadores de la resistencia y creía que los problemas de Europa requerían una respuesta revolucionaria—, pero encuentra algo rescatable en la postura de Gentz. El elemento redentor es una actitud política que podría confundirse con conservadurismo, pero que para Arendt no es lo mismo: un compromiso con la preservación del mundo. Este compromiso con la preservación del mundo nace, a su vez, del amor al mundo (*amor mundi*). A ojos de Arendt, Gentz no apoyó el statu quo *en aras del* poder existente, sino para frenar la destrucción de Europa. Arendt insiste firmemente en que esta actitud no debe confundirse con un auténtico conservadurismo: “Gentz no defendía [el conservadurismo] por sí mismo, sino que lo utilizaba únicamente como medio para mantener un *equilibrio*”.⁴³

Gentz proporciona a Arendt un ejemplo de cómo la política del poder y la teoría del equilibrio de poder pueden aprovecharse en favor del mundo. La distinción entre el poder por el poder mismo y el poder en beneficio del mundo es importante para Arendt. Esta distinción reaparece en su crítica al imperialismo en *Los orígenes del totalitarismo*, donde rastrea el principio interno del imperialismo de la “expansión por la expansión” hasta formas patológicas de política hobbesiana en las que se glorifica el poder.⁴⁴ En esa obra, Arendt elogia la política de poder basada en principios propugnada por los defensores del Estado del siglo XX (por ejemplo, Clemenceau), al tiempo que denuncia el escándalo de la “política de poder totalmente carente de principios” empleada por los racistas-imperialistas y los totalitarios.⁴⁵ Su adhesión al instinto de conservación del mundo de Gentz puede ayudarnos a entender por qué Arendt, cosmopolita por naturaleza y partidaria de una política guiada por principios, nunca rechazó de plano las teorías del equilibrio de poderes y la *Realpolitik*. Por ejemplo, apoyó brevemente la candidatura republicana de Nelson Rockefeller en las elecciones presidenciales de 1960 por su apoyo

⁴¹ ARENDT, ‘A Believer in European Unity’, p. 246. La alusión de Arendt a Gentz aquí es algo superficial. Gentz no cambió de opinión sobre el equilibrio de poder, sino que llegó a creer que la federación y el equilibrio de poder pueden y deben funcionar en sintonía. En este punto, estoy en deuda con Christopher Meckstroth.

⁴² ARENDT, ‘Friedrich von Gentz’, p. 32.

⁴³ ARENDT, ‘Friedrich von Gentz’, p. 33.

⁴⁴ ARENDT, *The Origins of Totalitarianism*, pp. 123-157.

⁴⁵ ARENDT, *The Origins of Totalitarianism*, p. 156.

a la federación en América Latina, justificada en términos de *Realpolitik*.⁴⁶ También explica su posterior simpatía por teóricos del poder como Hans Morgenthau, a quien tenía en alta estima intelectual. Arendt podía simpatizar con las teorías de la *Realpolitik* porque nunca estableció una oposición entre principios políticos (por ejemplo, igualdad, derechos humanos, libertad) y poder. Como Gentz, no pensaba dentro de los límites de una estricta oposición kantiana entre los principios de la Ilustración y las realidades del poder.⁴⁷

Aunque Arendt coincide con Gentz sobre los peligros del principio nacional y la importancia de la unidad europea y respeta su actitud de preservación del mundo, se distancia, sin embargo, de su visión del mundo, que considera ingenua. Nunca hubo esperanza para el magnífico viejo mundo. Era un orden injusto que tenía que desmoronarse, y su sustituto —el sistema de Estados-nación— era igualmente defectuoso. Gentz fue lo suficientemente previsor como para saber que el viejo y magnífico mundo era una causa perdida, pero no pudo ver más allá de él. En el ensayo de 1932, Arendt lo describe como un hombre desesperado por formar parte del mundo, por “saberlo todo”, pero paralizado al ver desaparecer su mundo. Al no poder luchar por un nuevo orden, una alternativa al nuevo “sentimiento nacional”, se vio obligado a aferrarse al viejo orden, pero con ello se aferró a un proyecto en decadencia y quedó relegado a un papel de espectador de un desastre inminente. Sin un nuevo proyecto por el cual luchar, solo con pesar y sin visión, Gentz se volvió “indiferente”.⁴⁸ Así termina Arendt el ensayo de 1932, invocando el lema de Gentz, esa frase favorita de la que más tarde se apropia con diferentes propósitos: *victrix causa deis placuit, sed victa Cato* (la causa victoriosa complace a los dioses, pero la vencida complace a Catón).⁴⁹

Para Arendt, el juicio de Gentz era insuficiente porque, a diferencia de su amiga Rahel Varnhagen, él no era un pensador original y su posición inmersa en los asuntos mundanos le dificultaba criticar el poder existente. No podía imaginar cómo podrían ser las cosas *de otro modo*. Por tanto, por muy instructivo que Arendt considere a Gentz, no es capaz de ofrecer alternativas al sistema del Estado-nación, alternativas que ella elaboraría en *Sobre la revolución*. Sin embargo, ya en la época de su primer encuentro con Gentz hay otra figura que ayuda a Arendt a empezar a pensar en esa alternativa. Rahel Varnhagen, la primera revolucionaria ejemplar de la obra de Arendt, comprendía perfectamente a Gentz, incluso lo amaba, pero no podía estar de acuerdo con él sobre el “magnífico viejo mundo”, que para ella no era más que un “viejo orden podrido”.⁵⁰

⁴⁶ YOUNG-BRUEHL, *Hannah Arendt*, p. 388.

⁴⁷ Sobre esta oposición, véase GREEN, ‘Fiat Justitia, Pereat Mundus’. Más tarde, Arendt demuestra conocer el debate de Gentz con Kant sobre moral y política. En ‘The Concept of History’, que se publicó por primera vez en *Partisan Review* de 1957, cita la crítica de Gentz a Kant (FRIEDRICH VON GENTZ, ‘Nachtrag zu dem Râsonnement des Herrn Prof. Kant über das Verhältnis zwischen Theorie und Praxis’, *Berliner Monatsschrift*, diciembre de 1793), y se refiere a Gentz como “el primero en ver a Kant como un teórico de la Revolución francesa”. HANNAH ARENDT, *Between Past and Future: Eight Exercises in Political Thought*, Penguin, Nueva York, 1993, p. 82, n. 34 (primera publicación en 1961; *Entre el pasado y el futuro: Ocho ejercicios de pensamiento político*, trad. de Ana Poljak, Austral, Barcelona, 2018).

⁴⁸ ARENDT, ‘Friedrich von Gentz’, p. 36.

⁴⁹ ARENDT, ‘Friedrich von Gentz’, p. 37. Arendt aprendió la frase de la correspondencia de Gentz con Rahel. La frase se convertiría en el epígrafe de la última sección inacabada de *The Life of the Mind* (1978), ‘Judgement’, que se encontró en la máquina de escribir de Arendt en el momento de su muerte en 1975.

⁵⁰ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 231. Entre los revolucionarios ejemplares posteriores en la obra de Arendt se encuentran Rosa Luxemburgo, los combatientes de la resistencia de la Segunda Guerra Mundial (por ejemplo, René Char), los revolucionarios húngaros de 1956 y los fundadores estadounidenses.

EL ATRACTIVO DE LA REALIDAD. Para comprender la temprana influencia de Rahel Varnhagen en Arendt debemos primero identificar la diferencia entre Rahel y Gentz. ¿Cómo llegó Rahel, desde su posición de excluida, a ideas que Gentz no podía extraer de su vasta experiencia política? La clave está en sus diferentes relaciones con “el mundo de la realidad”. Para empezar, será útil repasar la filosofía de la realidad de Arendt, que comienza a formular en la biografía de *Rahel* y que fructifica en *La condición humana* (1958). En esta última obra, Arendt escribe: “Para nosotros, la apariencia —algo que es visto y oído tanto por otros como por nosotros mismos— constituye la realidad. La presencia de otros que ven lo que nosotros vemos y oyen lo que nosotros oímos nos asegura la realidad del mundo y de nosotros mismos”.⁵¹ La realidad, por tanto, surge entre los seres humanos. Depende de una pluralidad de individuos que pueden confirmar la realidad del mundo al constatar que están viendo y oyendo las mismas cosas desde perspectivas diferentes.

Políticamente hablando, la realidad depende de un ámbito público en el que las cosas puedan aparecer, de modo que podamos ver y oír juntos las mismas cosas.⁵² Los intereses mundanos que nos reúnen en el ámbito público son cosas que literalmente se encuentran entre nosotros, *inter-est*. Puesto que el ámbito público está entre nosotros, Arendt lo compara con una mesa que “relaciona y separa a los hombres al mismo tiempo, nos reúne e impide que nos caigamos unos encima de otros, por así decirlo”.⁵³ La negociación abierta de nuestros intereses en el ámbito público, fundada en nuestro acceso a una realidad común, es para Arendt una condición indispensable para la libertad política. Los individuos que quedan excluidos de esta realidad compartida del ámbito público están sujetos a la “privación de mundo”.

La exclusión política de Rahel por ser mujer y judía significaba que sufría la falta de mundo y que, por tanto, mantenía una relación difícil con la realidad. Gentz, en cambio, buscaba la realidad con pasión y éxito. *Sin embargo*, Arendt sostiene que el servicio que Gentz prestaba a la realidad era patológico. No solo buscaba la realidad, sino que se ahogaba en ella. Para describir esta patología, Arendt compara a Gentz con el espíritu de la controvertida y poco apreciada novela *Lucinde* de Friedrich Schlegel, una obra que encarna la búsqueda romántica del *Erlebnis* (vivencia): “Gentz se entregó al mundo de forma inmediata y directa, y este lo consumió. Esta pasividad total es la razón por la que se le podría llamar *el espíritu de Lucinde encarnado*”.⁵⁴ Para Arendt, tener un firme control de la realidad es una condición *sine qua non* tanto para el buen juicio como para la libertad política, pero para ello es necesario que nosotros controlemos la realidad y no al revés. El problema es que Gentz “se entregó a la realidad” sin mantener una distancia crítica respecto a los asuntos de los que quería “saberlo todo” y eso era peligroso.⁵⁵ Sin la debida distancia, la realidad consume al individuo, destruyendo ese espacio intermedio y mundano necesario para el buen juicio. Para juzgar bien el mundo, tenemos que dar un paso atrás y verlo en toda su complejidad y errores. Durante gran parte de su vida, Gentz

⁵¹ HANNAH ARENDT, *The Human Condition*, University of Chicago Press, 1998, p. 50 (primera publicación en 1958; *La condición humana*, trad. de R. Gil Novales, Austral, Barcelona, 2020).

⁵² ARENDT, *The Human Condition*, p. 51.

⁵³ ARENDT, *The Human Condition*, p. 52.

⁵⁴ ARENDT, ‘Friedrich von Gentz’, p. 35.

⁵⁵ ARENDT, ‘Friedrich von Gentz’, p. 33.

no tuvo acceso a este punto de vista. Al final, retrocedió lo suficiente para ver la totalidad del magnífico viejo mundo en su declive, pero para entonces ya era “indiferente”. No podía responder.

RESISTIRSE A LA REALIDAD: RAHEL VARNHAGEN Y EL IMPULSO REVOLUCIONARIO. La distancia respecto al mundo no fue un problema para Rahel Varnhagen. No estaba en peligro de ser consumida por la realidad de la que disponían los entendidos. Arendt escribe: “Ceder sin reservas a la realidad no estaba en su poder; el mundo no la aceptaba”.⁵⁶ Es cierto que mantenía amistad con muchas luminarias de su época, pero esas amistades no deben confundirse con la aceptación social plena. Aunque los salones alemanes ofrecían cierto respiro frente a las rígidas jerarquías sociales de la Prusia de los siglos XVIII y XIX, eran un precursor muy frágil de lo que Jürgen Habermas ha descrito como “la esfera pública”.⁵⁷ Los salones eran un lugar de escape de los roles sociales, pero no los eliminaban.⁵⁸ Fuera de las paredes del *Dachstube* (ático) de Rahel en la Jägerstraße, ella se enfrentaba a una amarga exclusión. Además, cuando en 1806 la oleada de “nacionalismo despiadado” posnapoleónico despertó sentimientos antisemitas en todos los estratos de la sociedad, Rahel se vio obligada a disolver su salón. Rahel, quien, según nos cuenta Arendt, no tenía ni la belleza ni la riqueza necesarias que le facilitarían la asimilación en tiempos oscuros, siguió siendo una paria, tanto social como políticamente. Fue relegada a su condición de judía, la cual, llevaba como una marca de vergüenza. Ella misma la llamaba su “desgracia”.⁵⁹

Rahel reconoció abiertamente la tragedia de su situación. Sin embargo, en opinión de Arendt, la “desgracia” de Rahel también generó en ella ciertas capacidades. Como estaba excluida del mundo y sufría sus injusticias, podía ver sus errores y desarrollar un sentimiento de resistencia. Además, al no poder sumergirse en el mundo, se esforzó intelectualmente por crear una realidad propia. Los rasgos singulares de Rahel —su espontaneidad intelectual, su creatividad, su excentricidad— eran en parte, según Arendt, una respuesta a su condición de paria. Gentz reconoció su productividad en este estimulante pasaje de su correspondencia:

¿Sabes, mi amor, por qué nuestra relación es tan grandiosa y tan perfecta? Tú eres un ser *infinitamente productivo*, yo soy un ser *infinitamente receptivo*; tú eres un gran hombre; yo soy la primera de todas las mujeres que han vivido. Sé esto: que si hubiera sido físicamente una mujer, habría hecho que el mundo entero estuviera a mis pies.⁶⁰

Dado que ambos nunca fueron amantes, la afirmación resulta sorprendente. Curiosamente, Gentz se consideraba carente de la cualidad productiva (masculina) necesaria para ser un hombre de acción, para cambiar el mundo. Estaba inmerso en el mundo, pero no podía transformarlo. Rahel, en cambio, tenía la cualidad de crear

⁵⁶ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 148.

⁵⁷ JÜRGEN HABERMAS, *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, trad. de T. Burger con la colaboración de F. Lawrence, MIT Press, Cambridge (MA), 1989.

⁵⁸ GERHARDT, *Einleitung*, p. 15.

⁵⁹ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 254.

⁶⁰ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 150, cursiva original. Este pasaje también se analiza en BENHABIB, *The Reluctant Modernism...*, p. 31, y GERHARDT, *Einleitung*, pp. 22-25.

mundos. Para Arendt, la naturaleza productiva de Rahel le daba capacidad para resistirse a la realidad. Su voluntad de resistir a la realidad, que es algo más profundo, nacía del sentimiento de injusticia que le infundía su condición de paria. Esta combinación de capacidad y voluntad para resistir las injusticias del mundo constituye el inicio de lo que podríamos llamar un impulso revolucionario. Por tanto, lo que Rahel tenía, y de lo que Gentz carecía, era un impulso revolucionario, resultado de una naturaleza productiva en discordia con el mundo:

La diferencia entre Rahel y Gentz fue siempre que ella no podía reconciliarse con los órdenes existentes, ni estar “al tanto” de todo; lo único que podía poseer del mundo era el sol que brillaba por igual para todos, las cosas bellas que existían para todos; por eso cuando se involucraba en la sociedad tenía que ser revolucionaria o como Gentz la llamaba, “anárquica”.⁶¹

Es importante destacar que la exclusión de Rahel del mundo atrajo su atención hacia aquellas cosas que se conceden universalmente a todos los seres humanos, independientemente de su condición política: un sol que brilla por igual sobre todos, cosas que son bellas para todos. Arendt describe a Rahel como irresistiblemente atraída por la noción de universalidad. Por lo tanto, mientras Rahel se desesperaba por su exclusión del mundo, se familiarizaba con las aspiraciones universales de igualdad que podrían haber permanecido ocultas para ella si hubiera podido sumergirse en las virtudes y placeres del magnífico viejo mundo de Gentz.

Según Arendt, la actitud de Rahel ante su condición paria cambió al final de su vida. Dejó de anhelar la asimilación y descubrió las ventajas de la perspectiva otorgada al “paria consciente”, el paria que abraza el judaísmo y rechaza las indignidades de la asimilación.⁶² Arendt, quien considera este abrazo de la condición paria como una apoteosis, comienza la biografía con estas palabras pronunciadas en el lecho de muerte de Rahel: “lo que durante toda mi vida me pareció la mayor vergüenza, lo que fue la miseria y la desgracia de mi vida —haber nacido judía—, ahora no desearía bajo ningún concepto haberlo evitado”.⁶³ Rahel se dio cuenta, bastante tarde, de que para estar con la humanidad debía admitir conscientemente la injusticia de su exclusión y para ello tenía que afirmar lo que había sido su “desgracia”: el hecho ineludible de su condición de judía. Arendt escribe:

Rahel, a pesar de su singularidad, a pesar de su aislamiento, opuso resistencia y se negó a aceptar una sociedad y una visión del mundo cuyos cimientos siempre le serían hostiles, no personalmente, sino como judía. Porque esa sociedad nunca le había otorgado por sí misma —como judía— la concesión más elemental, más importante y mínima: la igualdad de derechos humanos.⁶⁴

⁶¹ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 149.

⁶² Otros parias conscientes identificados por Arendt incluyen a Franz Kafka y Heinrich Heine. Tomó prestada la frase del periodista francés Bernard Lazare. HANNAH ARENDT, ‘The Jew as Pariah: A Hidden Tradition’, en *The Jewish Writings*, ed. J. Kohn y R. H. Feldman, Schocken Books, Nueva York, 2007, pp. 275-297; (primera publicación en 1944).

⁶³ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 85. Nótese que Arendt edita la confesión de Rahel en su lecho de muerte, que también expresa la gratitud de Rahel por haber encontrado a Cristo.

⁶⁴ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 209.

Este principio de igualdad de derechos humanos que Rahel descubrió, y que Arendt descubrió a través de ella, dio a su resistencia a la realidad un propósito revolucionario y cosmopolita. En los últimos años de su vida, Rahel se asentó en su perspectiva crítica. Se hizo saint-simonista. Se hizo amiga de Heinrich Heine. Sus cartas se volvieron políticamente comprometidas. Arendt destaca una en la que escribe: “Una cosa es cierta: Europa ya no desea conquistar pedazos de tierra, sino algo más serio: pedazos de igualdad”.⁶⁵ En otras palabras, Rahel decidió que el mundo tenía que cambiar para hacer realidad las promesas de la Ilustración.

Al escribir a través de Rahel, Arendt desarrolla su propia visión de la cuestión judía. En este contexto, los dos últimos capítulos de la biografía, que fueron escritos en el exilio años después que el resto del manuscrito, son los más fascinantes.⁶⁶ En ellos, Arendt impone un fuerte marco interpretativo a Rahel; su voz se entremezcla con la de Rahel y ambas se vuelven indistinguibles en algunos momentos. En particular, Arendt atribuye a Rahel el siguiente juicio, que reaparece en *Los orígenes del totalitarismo*: el destino de Europa estaba inextricablemente ligado a su pueblo paria, los judíos. Arendt escribe: “El destino de los judíos no era tan accidental y marginal; por el contrario, ponía precisamente de manifiesto el estado de la sociedad, esbozaba la fea realidad de las brechas en la estructura social”.⁶⁷ La incapacidad de los Estados para incorporar a los judíos como tales revelaba un defecto fundamental, a saber: las “brechas” de pertenencia en la estructura del sistema de Estados-nación. Arendt nos dice que Rahel lo vio y se dio cuenta de que el sistema sufría una enfermedad. Escribe que Rahel “se dio cuenta de que la *materia enferma* que debía *salir de nosotros* no estaba contenida solo en los judíos; que la enfermedad solo se manifestaba en los judíos, infectándolos por contagio”.⁶⁸ Así pues, Rahel no solo fue una revolucionaria porque abrazó la idea de la igualdad de derechos humanos, sino porque se dio cuenta de que el cambio necesario para realizar esa igualdad tendría que ser sistémico; es decir, requeriría una revolución en el régimen del Estado-nación. Esta idea, que se convierte en un tema permanente del pensamiento internacional de Arendt, seguramente fue más de Arendt que de Rahel.

En resumen, Rahel, a lo largo del proceso de aceptar su “infame nacimiento”, descubrió que la única postura digna hacia el mundo tendría que ser revolucionaria.⁶⁹ Gentz tenía razón. Rahel era anárquica. Por eso Arendt termina la biografía con una descripción de Rahel pasando la antorcha a Heinrich Heine al final de su vida. Nos cuenta que, entre todos sus amigos y amantes, solo el igualmente anárquico Heine fue capaz de “salvar la imagen de su alma”.⁷⁰ Heine pudo llevar el testigo revolucionario de Rahel hacia el futuro porque prometió “entusiasmarse por la causa de los judíos y su conquista de la igualdad ante la ley. En los malos tiempos, que son inevitables, la chusma germánica oirá mi voz resonar con fuerza en las cervecerías y palacios alemanes”.⁷¹

⁶⁵ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 258.

⁶⁶ La mayor parte del manuscrito se terminó en 1933; los dos últimos capítulos se completaron entre 1937 y 1938.

⁶⁷ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 257.

⁶⁸ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 258.

⁶⁹ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 254.

⁷⁰ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 259.

⁷¹ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 259.

1940–62: EN BUSCA DE “UNA NUEVA LEY EN LA TIERRA”. Hasta ahora sabemos que, cuando termina de redactar la biografía de Rahel en 1938, Arendt cree que el sistema del Estado-nación es fundamentalmente defectuoso y que una valoración adecuada del mismo requiere una postura crítica y revolucionaria, encarnada en el impulso emancipador de Rahel. El propio impulso emancipador de Arendt asume el principio cosmopolita de Rahel: la igualdad de derechos humanos. También sabemos por su interés en Gentz que está desarrollando la idea de que un enfoque revolucionario de la igualdad de los derechos humanos debe desplegarse por el bien del mundo, y por la preservación de Europa en su conjunto, lo que requerirá un equilibrio de poder a través de la unidad política. También ha adoptado la posición de Gentz de que la emancipación nacional obstruirá este objetivo porque socava la unidad. Después del ensayo de 1942, Arendt guarda silencio sobre Gentz durante muchos años. Reaparece en las notas a pie de página de *Entre el pasado y el futuro* (1961) y *Sobre la revolución* (1963). Para entonces, Arendt ya ha leído sus obras, entre ellas *El origen y los principios de la Revolución americana, comparados con el origen y los principios de la Revolución francesa* (1800, traducido al inglés en 1801 por John Quincy Adams).⁷² *Sobre la revolución* imita la premisa de la obra de Gentz, por lo que es lógico que Arendt vuelva a él en busca de orientación cuando la escribe. Judith Shklar toma nota de la similitud entre las dos obras en una crítica especialmente dura de 1983, en la que escribe: “Lo único realmente interesante de este libro lamentable [*Sobre la revolución*] es que es una nueva versión de la comparación de Friedrich Gentz entre las dos revoluciones”.⁷³

A primera vista, una comparación de revoluciones puede parecer ajena al pensamiento internacional de Arendt. Sin embargo, me gustaría sostener que el regreso de Arendt a Gentz y a la Era de las Revoluciones está estrechamente ligado a las mismas preocupaciones —la preservación y la unidad europeas— que despertaron su interés inicial por este autor. Arendt vuelve a la Era de las Revoluciones —la época en que Gentz “lo sabía todo” y conocía a todos, la época en que se movía en los círculos del poder y trabajaba en interés de Europa, para buscar alternativas políticas a los fracasos de su propia época. *Sobre la revolución* no es solo una valoración de las revoluciones nacionales, sino también una búsqueda de posibilidades y soluciones olvidadas al problema de la unidad política que podrían ser útiles en una nueva era de revoluciones. Sostendré que el énfasis de Arendt en el federalismo no soberano, debe entenderse como la respuesta a su propia demanda formulada en *Los orígenes del totalitarismo* de que Europa (y no solo Europa) debe unificarse bajo una “nueva ley en la tierra” para preservarse.⁷⁴

Para seguir el hilo de este tren de pensamiento a través del tiempo, necesito explicar cómo el incipiente cosmopolitismo revolucionario de Arendt en la época de *Rahel* (años treinta) da un giro federativo entre las décadas de 1940 a 1960.⁷⁵ Esto requiere comprender cómo Arendt esquematiza los regímenes internacionales. Arendt presenta

⁷² Como se comenta en la nota 47, también leyó el ensayo de Gentz sobre Kant, al que se hace referencia en *Entre el pasado y el futuro*.

⁷³ JUDITH SHKLAR, ‘Hannah Arendt as Pariah’, *Partisan Review* 50/1 (1983), pp. 64-77, p. 74, citado en BENHABIB, *Exile, Statelessness, and Migration*, p. 235, n. 48.

⁷⁴ ARENDT, *The Origins of Totalitarianism*, ix.

⁷⁵ Sobre el giro de Arendt hacia las federaciones, me baso en WILLIAM SELINGER, ‘The Politics of Arendtian Historiography: European Federation and *The Origins of Totalitarianism*’, *Modern Intellectual History* 13/2 (2016), pp. 417-446.

tres tipos de regímenes internacionales en su obra: el sistema de Estados-nación, el totalitarismo y su propia alternativa, que llamaré federalismo cosmopolita. Para entender de dónde provienen sus ideas sobre este federalismo cosmopolita, primero debemos comprender cómo se relacionan los dos primeros. En 1946, Arendt escribió una carta a su editora, Mary Underwood, en la que explicaba su intención en *Los orígenes del totalitarismo*. En ella, describe el totalitarismo “como una *solución* horrible y equivocada a los problemas de la época, problemas que seguían siendo muy reales y completamente irresueltos”.⁷⁶ Así, Arendt entendía el totalitarismo como una solución a una serie de problemas de la época. ¿Qué problemas? Arendt menciona los siguientes: 1) “la cuestión judía”, 2) “el problema no resuelto de una nueva organización de los pueblos”, 3) “el problema no resuelto de un nuevo concepto de humanidad” y 4) “el problema no resuelto de organizar [económicamente] un mundo en constante contracción”.⁷⁷ En *Orígenes*, Arendt plantea estos problemas como “perplejidades” del sistema de Estados-nación; son crisis que surgen pero no pueden resolverse en el marco del sistema westfaliano.

Los totalitarios alemanes ofrecieron soluciones convincentes, aunque horribas, a todos estos problemas y ese fue parte de su atractivo. Sus respuestas eran: 1) el antisemitismo (como respuesta a la cuestión judía), 2) la destrucción del Estado-nación en favor de un Estado totalitario imperial (como respuesta a la cuestión de la organización política), 3) el racismo (como respuesta a la cuestión de cómo concebir a la humanidad) y 4) la expansión por la expansión (es decir, el imperialismo, que responde a la cuestión de la distribución de los recursos en un mundo que se encoge). Según Arendt, el totalitarismo era una alternativa geopolítica al sistema de Estados-nación que resolvía sus problemas. Estaba “basado en la convicción generalizada, a menudo consciente, de que proporcionaba las respuestas a estos problemas y de que sería capaz de dominar las tareas de nuestro tiempo”.⁷⁸

Según Arendt, los defensores del sistema de Estados-nación —defensores de los Estados soberanos, como Clemenceau, o idealistas burgueses que buscaban la riqueza en el extranjero mientras mantenían un compromiso con los derechos liberales en su propio país— no lograron ofrecer una serie de soluciones convincentes a estos problemas. Se hundieron en las perplejidades del frágil sistema que albergaban los Estados-nación que defendían. Lo más destacado es que su sistema prometía igualdad ante la ley, pero no podía cumplirla porque dicha igualdad dependía de una homogeneidad nacional imposible. Tampoco podían responder a las crisis económicas que traspasaban las fronteras. Arendt explica que los nacionalistas de principios del siglo XX “habían perdido el contacto con la realidad y no se daban cuenta de que el comercio y la economía ya habían implicado a todas las naciones en la política mundial. El principio nacional conducía a una ignorancia provinciana y la batalla por la cordura estaba perdida”.⁷⁹ Al igual que Gentz antes que ellos, que se vio abocado a la impotencia como espectador al ver cómo se derrumbaba el viejo orden, los nacionalistas del siglo XX, hombres como Clemenceau —

⁷⁶ JONATHAN SCHELL, ‘Introduction’, en *On Revolution by Hannah Arendt*, ed. J. Schell, Penguin, Nueva York, 2006, xviii.

⁷⁷ HANNAH ARENDT, *Memorandum a Mary Underwood de Houghton Mifflin*, 24 de septiembre de 1946, Documentos de Hannah Arendt, Biblioteca del Congreso, citado por YOUNG-BRUEHL, *Hannah Arendt*, p. 202; SCHELL, ‘Introducción’, xviii-xix.

⁷⁸ ARENDT, *Memorandum a Mary Underwood...*

⁷⁹ ARENDT, *The Origins of Totalitarianism*, p. 124.

quien, por cierto, era mucho más sensato que los totalitarios racistas imperiales que surgían a su alrededor— se vieron obligados a ver cómo Europa se rompía contra los escollos de unas realidades que no sabía cómo afrontar.

En resumen, los partidarios del defectuoso sistema de Estados-nación carecían de respuestas convincentes y de un camino a seguir. Los totalitarios tenían respuestas y propusieron un sistema geopolítico que sustituyera al Estado-nación, pero el resultado fue un “descenso a los infiernos”.⁸⁰ ¿Pero qué régimen, qué “nueva ley de la tierra, arraigada y controlada por entidades territoriales de nueva definición”, podría proporcionar la libertad?⁸¹ Esta es la pregunta de Arendt con la que se aproxima al terreno que Carl Schmitt aborda en el mismo periodo en *El nomos de la Tierra* (1950), aunque se opone totalmente a sus propuestas.⁸²

Para Arendt, el régimen que puede proporcionar libertad es la federación. Su preocupación sigue siendo, como siempre, la preservación mediante la unidad, pero sabe que la “comunidad de naciones” westfaliana es demasiado frágil para lograrlo y por esta razón el pensamiento federativo capta su interés cuando lo encuentra en los años cuarenta. En esa década, las federaciones se convirtieron en el eje del impulso emancipador de Arendt. Sus múltiples propuestas de soluciones federativas a la política internacional —en Europa, Palestina, América Latina y Estados Unidos— son intentos de pensar sobre las formas de un orden geopolítico capaz de responder a las preguntas aún sin respuesta del sistema de Estados-nación.

Will Selinger rastrea el apoyo de Arendt al federalismo ya en 1940. Cita una carta de ese año en la que escribe: “Nuestra única oportunidad [la de los judíos] —de hecho, la única oportunidad de todos los pueblos pequeños— reside en un nuevo sistema federal europeo”.⁸³ A lo largo de los años cuarenta, Arendt defiende que la esperanza de Europa radica en la federación. En ‘Aproximaciones al problema alemán’ (1945), alaba a los combatientes de la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial por sostener que “el problema alemán” no podía resolverse extinguiendo Alemania, sino liberándola de su régimen actual mediante la unificación europea y una federación posnacional.⁸⁴ En otros escritos, sostiene que el camino hacia la paz y la libertad en Palestina requerirá una federación compuesta por democracias locales y que un Estado nacional judío es un error.⁸⁵ El principio nacional, concluye, no tiene cabida en Palestina sin que conlleve consecuencias nefastas. De hecho, este es el tema que provoca su ruptura con el sionismo.

Aunque Arendt acaba exasperándose con la política palestina, no abandona la esperanza de que los movimientos políticos revolucionarios puedan fundar nuevos órdenes de libertad más allá del Estado-nación. La revolución húngara de 1956 supone un punto de inflexión para Arendt, tanto porque despierta su instinto revolucionario como

⁸⁰ BERNSTEIN, *Hannah Arendt...*, p. 88. El análisis de Bernstein del esquema de regímenes de Arendt influye en mi análisis en esta sección.

⁸¹ ARENDT, *The Origins of Totalitarianism*, ix.

⁸² JURKEVICS, ‘Hannah Arendt Reads...’

⁸³ HANNAH ARENDT, ‘The Minority Question: Copied from a Letter to Erich Cohn-Bendit, Summer 1940’, en *The Jewish Writings*, pp. 125-133, p. 129. Véase SELINGER, ‘The Politics of Arendtian Historiography’, p. 422.

⁸⁴ HANNAH ARENDT, ‘Approaches to the German Problem’, en *Essays in Understanding: 1930-1954. Formation, Exile, and Totalitarianism*, ed. J. Kohn, Harcourt, Nueva York, 1994, pp. 106-120 (primera publicación en 1945).

⁸⁵ HANNAH ARENDT, ‘Can the Jewish-Arab Question Be Solved?’, en *The Jewish Writings*, pp. 186-198.

porque la aparición espontánea de consejos democráticos le proporciona una nueva forma institucional que puede pensar en paralelo con las federaciones. Jonathan Schell explica: “Lo cierto es que la revolución le dio un primer momento de alivio frente al aplastante peso del fenómeno totalitario y despertó en su corazón las esperanzas más profundas”.⁸⁶ Tras haber visto surgir espontáneamente la libertad en medio del totalitarismo, Arendt se dispone a articular un orden alternativo de libertad. De hecho, su ensayo de 1958 sobre la revolución húngara se encuentra entre los materiales iniciales de *Sobre la revolución*.⁸⁷ En la siguiente sección, me ocuparé de esa obra y analizaré cómo Arendt desarrolla la geopolítica alternativa sobre la que ha estado reflexionando desde sus primeros encuentros con Gentz y Rahel Varnhagen.

LA RESPUESTA DE ARENDT: FEDERACIONES REVOLUCIONARIAS. Mientras que la Arendt de 1942 está profundamente preocupada por la estabilidad y la cortesía de las naciones en Europa, la Arendt de 1963 ha desplazado su atención hacia la posibilidad de las revoluciones y en un nuevo orden geopolítico. En este último periodo, no abandona los elementos clave del pensamiento gentziano, en particular la prioridad de la unidad y el rechazo del interés nacional. De hecho, su rechazo de la nación no hace sino intensificarse durante este periodo, culminando en su rechazo de la soberanía nacional como una forma de tiranía. Para comprender cómo influyó el encuentro de Arendt con Gentz en *Sobre la revolución*, es necesario entender qué hace de esta obra un tratado geopolítico. Tomemos, por ejemplo, el capítulo introductorio, que se basa en un ensayo anterior, ‘La Guerra Fría y Occidente’, escrito para la *Partisan Review* en 1962. En la versión inicial, Arendt afirma que el sistema internacional “basado en la soberanía nacional” es un sistema en el que la guerra interestatal constituye el principal modo de violencia. Nos remite al tratado clásico sobre la violencia entre Estados-nación, *Sobre la guerra* (1832) de Carl von Clausewitz, y se pregunta qué pasaría si la guerra, como último recurso político, se convirtiera en imposible en un contexto de disuasión nuclear. En la segunda versión del ensayo, la introducción a *Sobre la revolución*, Arendt toma la posible desaparición de la guerra interestatal como punto de partida de una nueva posibilidad: el renacimiento de la tradición revolucionaria, una tradición preocupada principalmente por la cuestión de cómo hacer surgir la libertad en el mundo. La guerra interestatal dentro del sistema de Estados-nación no es, según Arendt, una cuestión de libertad.

A primera vista, resulta desconcertante que Arendt introduzca su reactivación de la tradición revolucionaria con una reflexión sobre la guerra interestatal. Sin embargo, en el contexto del esquema de regímenes discutido en la sección anterior, la continuidad se hace evidente. Mientras que el tratado de Clausewitz correspondía a la era del Estado-nación, el de Arendt está pensado para un futuro geopolítico en el que puedan surgir nuevas formas políticas, como la democracia de consejos y las federaciones no soberanas. De hecho, es posible que Arendt titulase su libro *Sobre la revolución* en referencia al título de Clausewitz *Sobre la guerra* para señalar un cambio de paradigma.⁸⁸ Arendt, que estuvo

⁸⁶ SCHELL, ‘Introduction’, xix.

⁸⁷ HANNAH ARENDT, ‘Totalitarian Imperialism: Reflections on the Hungarian Revolution’, *Journal of Politics* 20/1 (1958), pp. 5-43. El ensayo también se publicó como epílogo de la segunda edición de 1958 de *Los orígenes del totalitarismo*. Fue extraído de ediciones posteriores.

⁸⁸ Nótese que Arendt eliminó las referencias explícitas a Clausewitz en la introducción de *Sobre la revolución* que estaban presentes en la versión anterior.

leyendo *Sobre la guerra* durante sus últimas semanas en Francia en 1940 antes de huir a Estados Unidos, cerraría así el círculo décadas después al reescribir esta obra clásica.⁸⁹

Arendt también estaría reescribiendo la obra de Gentz *Origen y principios de la Revolución americana comparados con los de la Revolución francesa*. La preocupación de Arendt por la Era de las Revoluciones es uno de los hilos conductores de su interés temprano y tardío por Gentz. Para Arendt, Gentz es el hombre del periodo revolucionario que mejor comprendió la prioridad de la unidad europea, aunque sus mecanismos para lograrla (equilibrio y cortesía) fueran inadecuados. Gentz también ayuda a Arendt a resolver una posición delicada, ser favorable a la revolución, pero rechazando las dos filosofías predominantes de la revolución: el soberanismo republicano, defendido por Rousseau, y la emancipación nacional, promovida por Fichte y Müller. Arendt, como Gentz, prefiere la Revolución americana a la francesa. Al igual que Gentz, elogia a los revolucionarios americanos por su compromiso con el constitucionalismo y el Estado de derecho. Gentz subraya repetidamente que la Revolución americana, a diferencia de la francesa, nunca se aproximó “al precipicio de la anarquía”.⁹⁰ Arendt destaca lo mismo:

La orientación de la Revolución americana se mantuvo fiel al fundamento de la libertad y la instauración de instituciones duraderas y a aquellos que actuaron en esta dirección no se les permitió hacer nada que quedara fuera del marco del derecho civil. En cambio, la Revolución francesa fue desviada casi desde sus inicios de este camino fundacional. La ilegalidad del “todo está permitido” brotó allí de los sentimientos del corazón, cuya propia desmesura contribuyó a desencadenar un torrente de violencia sin límites.⁹¹

Además, ambos desconfían profundamente de Rousseau y admiran a Burke.⁹² Gentz dio a conocer a Burke al público de habla alemana con su traducción de 1794 de las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1790). Podría pensarse que esta convergencia consolida el conservadurismo de Arendt (y también el de Gentz, en realidad), pero sería un juicio apresurado. Para empezar, es discutible cuán conservadora fue la propia lectura de Burke por parte de Gentz. Según Green, la traducción de las *Reflexiones* de Gentz fue bastante intervencionista y proyectó sobre el texto su propio enfoque de la “Ilustración

⁸⁹ Arendt regresa a Clausewitz en las décadas de 1950 y 1960 a través de Lenin, a quien lee en el contexto de su renovado interés por Rosa Luxemburgo. En una nota al pie del ensayo sobre Rosa Luxemburgo en *Men in Dark Times*, Arendt escribe: “Lenin leyó *Vom Kriege* (1832) de Clausewitz durante la Primera Guerra Mundial, y estaba bajo la influencia de Clausewitz cuando comenzó a considerar la posibilidad de que la guerra, el colapso del sistema europeo de Estados nacionales, pudiera reemplazar el colapso económico de la economía capitalista, como predijo Marx.”; HANNAH ARENDT, ‘Rosa Luxemburg: 1871–1919’, en *Men in Dark Times*, Harvest, San Diego, 1968, pp. 33–56, p. 53 (*Hombres en tiempos de oscuridad*, trad. de Claudia Ferrari, Gedisa, Barcelona, 1990). Quizás Arendt retomó a Clausewitz en 1940 por la misma razón que Lenin lo hizo durante la guerra mundial anterior: para comprender la crisis que había llevado al colapso sistémico. ¿Y no coincide Arendt con la evaluación de Lenin en cierto sentido? Coincide en que las contradicciones estructurales del sistema (si bien del sistema del Estado-nación, no del capitalismo en sí) entraron en crisis debido a las guerras mundiales, lo que provocó el colapso del sistema del Estado-nación.

⁹⁰ FRIEDRICH VON GENTZ, *The Origins and Principles of the American Revolution Compared with the Origins and Principles of the French Revolution*, trad. de John Quincy Adams, Asbury Dickens, Filadelfia, 1800, p. 53.

⁹¹ ARENDT, *On revolution*, p. 82.

⁹² Sobre Gentz y Rousseau, véase PAUL FRIEDRICH REIFF, *Friedrich Gentz: An Opponent of the French Revolution and Napoleon* (tesis doctoral inédita, Universidad de Illinois, 1912).

prudencial”.⁹³ El resultado es que Burke aparece en alemán como menos crítico con los principios ilustrados de lo que lo es en inglés. Aunque la propia Arendt leyó a Burke en inglés, también se distancia de su conservadurismo. En *Sobre la revolución*, sostiene que la crítica de Burke a los Derechos del Hombre no era “reaccionaria”,⁹⁴ en sintonía con su anterior afirmación de que Gentz “no era un conservador”.⁹⁵ El interés de Arendt por Burke se debe a que está de acuerdo con su argumento —en contra de Rousseau— de que los derechos humanos no surgen de la naturaleza, sino que son un artificio, es decir, el producto de la política, y por tanto deben ser constituidos.⁹⁶ Donde Arendt se aparta de Burke es en su tesis de que los derechos pueden fundarse no solo a través de la tradición, como afirma Burke, sino mediante un acto revolucionario fundacional. Gentz, por su parte, se oponía por principio al levantamiento revolucionario lo que le lleva a grandes esfuerzos para demostrar que la Revolución americana se llevó a cabo dentro de los márgenes de la legalidad. Escribe: “Nunca, en todo el transcurso de la revolución americana, se apeló a los derechos del hombre para destruir los derechos del ciudadano; jamás se utilizó la soberanía del pueblo como pretexto para socavar el respeto debido a las leyes”.⁹⁷

El propósito de Arendt en *Sobre la revolución* también se aparta del texto de Gentz. Aunque la Era de las Revoluciones los une, Arendt nunca se alinea con el *statu quo* ni comparte el apego de Gentz al magnífico viejo mundo. Gentz atravesó la Era de las Revoluciones, pero a diferencia de Arendt (y de Rahel), no tenía un impulso revolucionario. Hay dos elementos del estudio de Arendt sobre las revoluciones que me gustaría destacar en este contexto: en primer lugar, su aguda crítica de la soberanía y, en segundo lugar, sus aproximaciones tentativas a la democracia de consejos. Estas innovaciones no serían aceptadas por Gentz, pero permiten a Arendt imaginar cómo podría alcanzarse su ideal de una unidad más allá del Estado-nación.

En sus primeros trabajos, Arendt ataca el principio nacional, y quienes estén familiarizados con los capítulos sobre la Revolución francesa de *Sobre la revolución* saben que esta línea crítica no decae. Sin embargo, al centrarse ahora en el proyecto americano, extiende su análisis hacia una crítica incisiva de la soberanía. El genio de la fundación estadounidense, según Arendt, fue su rechazo de la soberanía. En este sentido, escribe, “la gran y, a la larga, quizás la mayor innovación americana en la política como tal fue la abolición consistente de la soberanía dentro del cuerpo político de la república, la comprensión de que en el ámbito de los asuntos humanos la soberanía y la tiranía son lo mismo”.⁹⁸ Para Arendt, los americanos lograron la abolición de la soberanía mediante tres mecanismos: el federalismo, la separación de poderes y la dispersión de los foros democráticos locales. Arendt se siente cómoda con la idea de una república formada por un entramado caótico de fuentes de poder democrático superpuestas y difusas. Es discutible si Arendt está en lo cierto sobre el proyecto americano, pero para nuestros fines

⁹³ JONATHAN GREEN, ‘Friedrich Gentz’s Translation of Burke’s *Reflections*’, *Historical Journal* 57/3 (2014), pp. 639-659.

⁹⁴ ARENDT, *On revolution*, pp. 98-99.

⁹⁵ ARENDT, *Rahel Varnhagen*, p. 147. Dejaré de lado la cuestión de si Arendt tenía razón, pero basta con decir que impuso su propia y rigurosa perspectiva interpretativa a ambos.

⁹⁶ Véase ARENDT, *The Origins of Totalitarianism*, p. 299.

⁹⁷ GENTZ, *The Origins and Principles...*, p. 56.

⁹⁸ ARENDT, *On Revolution*, p. 144.

aquí lo importante es que ella cree que los estadounidenses, al desterrar al soberano, inventaron y constituyeron una alternativa al Estado-nación.

La república federal americana no es la única forma política no soberana que Arendt considera inspiradora. También le interesa la propuesta de Thomas Jefferson para un sistema de distritos y convenciones constitucionales generacionales, que nunca llegó a aprobarse, y relaciona estas propuestas con la aparición de los consejos en tiempos de revolución. La democracia de consejos desempeña un papel central en la respuesta de Arendt a las complejidades del Estado-nación. La biógrafa de Arendt, Elizabeth Young-Bruehl, escribe: “Sobre el terreno que preparó en su primer libro [*Orígenes*], Hannah Arendt construyó más tarde los fundamentos intelectuales para una respuesta. Basó esta respuesta en el sistema de consejos”.⁹⁹ Los consejos reflejan la preferencia de Arendt por la democracia directa y la organización horizontal del poder.¹⁰⁰ En *Sobre la revolución*, Arendt describe la posibilidad de agregar consejos en un régimen federativo no soberano mediante un proceso de combinación diplomática y jurídica (a través de la *lex*).

El último capítulo de *Sobre la revolución*, ‘La tradición revolucionaria y su tesoro perdido’, es la propuesta más directa de Arendt de una alternativa al sistema de Estado-nación. En ese capítulo, sugiere un orden de repúblicas federales, federaciones y confederaciones basado en la combinación legal de democracias locales de consejos, que se fundamentan en la participación directa y la delegación en lugar de en los partidos políticos.¹⁰¹ Es una visión que más o menos ya había sugerido en la década de 1940 para Oriente Medio y que elogió en los combatientes de la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial cuando la propusieron para la Europa de posguerra. Es también una visión marcadamente cosmopolita, aunque se aparta de los enfoques legalistas y verticalistas de la unidad global. Arendt se mostraba escéptica ante tales planteamientos y coincidía con Kant en que un Estado mundial sería despótico.¹⁰² Finalmente, el federalismo cosmopolita de Arendt insiste firmemente en el derecho a la “igualdad de derechos humanos”, que su querida amiga Rahel Varnhagen había anticipado. El último capítulo de *Sobre la revolución* es, por tanto, la meditación más sostenida de Arendt sobre lo que significaría fundar la unidad política internacional sobre la base de una nueva ley de la tierra, un nuevo *nomos* de la tierra. En este sentido, marca el cierre de su encuentro con Friedrich Gentz, de hecho, es también el momento en que lo supera y por ello es apropiado que esta obra retome y espeje una de las más conocidas de él.

⁹⁹ YOUNG-BRUEHL, *Hannah Arendt*, p. 201.

¹⁰⁰ Peter J. Verovšek ha identificado la importancia del poder horizontal dentro y entre las democracias de consejos como un componente importante del cosmopolitismo de Arendt en ‘Integration after Totalitarianism: Arendt and Habermas on the Postwar Imperatives of Memory’, *Journal of International Political Theory* 16/1 (2018), pp. 2-24.

¹⁰¹ El ensayo de Verovšek, al centrarse en los aspectos horizontales de la visión cosmopolita de Arendt, no aborda adecuadamente su sugerencia de la combinación federativa de consejos, que ella consideraba obra de la diplomacia. Aun así, tiene razón en que el enfoque de Arendt sobre el cosmopolitismo es estrictamente de abajo arriba y desde la base.

¹⁰² ARENDT, *The Origins of Totalitarianism*, p. 298. Arendt buscaba una base institucional para el derecho a tener derechos, pero desconfiaba de que las convenciones internacionales de derechos humanos lo garantizaran. Véase también SEYLA BENHABIB, ‘International Law and Human Plurality in the Shadow of Totalitarianism: Hannah Arendt and Raphael Lemkin’, en *Dignity in Adversity: Human Rights in Turbulent Times*, Polity Press, Cambridge, 2011, pp. 41-56.

CONCLUSIÓN. ¿Cuál es el significado del hilo de pensamiento que atraviesa el encuentro de Arendt con Gentz y por qué deberíamos estudiar las influencias geopolíticas en su pensamiento? En primer lugar, el método de rastrear las líneas de pensamiento de Arendt es eficaz si nuestro objetivo es averiguar por qué Arendt es una pensadora idiosincrásica, por qué no encaja en las categorías ideológicas de la Guerra Fría y por qué su relación con el conservadurismo sigue siendo confusa a pesar de los muchos intentos de descifrarla.¹⁰³ En cuanto a este último punto, la posición de Arendt respecto a Gentz revela que fue una pensadora que no se oponía a las posturas conservadoras cuando estas invocaban el poder para preservar el mundo. Sin embargo, como vimos a través de su identificación con Rahel, no se alineaba con el *statu quo*. Como Rahel, Arendt tenía una disposición esencialmente revolucionaria. Estos dos intereses contrapuestos —la implementación revolucionaria de principios cosmopolitas y el compromiso con la preservación del mundo— coexisten en un tenso equilibrio en el pensamiento de Arendt y la vuelven difícil de clasificar. En última instancia, Arendt podría ser al mismo tiempo alumna de Gentz y de Rahel porque su pensamiento es *sui generis*: simplemente no acepta la dicotomía entre la *realpolitik* y la política emancipadora. Espero que este estudio haya ayudado al lector a comprender por qué Arendt respondió de esta forma, ya célebre, a la pregunta de Morgenthau de si era liberal o conservadora:

Realmente no lo sé y nunca lo he sabido. Y supongo que nunca tuve una posición de ese tipo. Sabes, la izquierda cree que soy conservadora y los conservadores a veces piensan que soy de izquierdas o una inconformista o Dios sabe qué. Debo decir que no me importa lo más mínimo. No creo que las verdaderas cuestiones de este siglo se puedan iluminar con este tipo de cosas.¹⁰⁴

El pensamiento político de Arendt es inclasificable, pero no se contradice. Su enfoque respecto a la preservación del mundo y la unidad política más allá del Estado-nación, desarrollado a lo largo de años de experiencia y encuentros intelectuales, le permite mantener su instinto revolucionario junto con su respeto por figuras como Gentz y Burke.

La descripción del desarrollo intelectual de Arendt en este artículo ilumina su enfoque distintivo, y a menudo fragmentario, del pensamiento político internacional. Contar la historia de Arendt como pensadora internacional a través de sus encuentros —y hay muchas más historias que contar en este sentido, por ejemplo, sus encuentros con Clausewitz, Lenin y Luxemburgo, Schmitt y Morgenthau— puede ayudarnos a reunir los fragmentos en una narrativa que dé sentido a lo que ella buscaba. Mi tesis en este artículo ha sido que, a lo largo del tiempo, Arendt trabajó de forma coherente hacia una visión normativa de un orden internacional no soberano que planteó como alternativa al sistema de Estados-nación. Los encuentros con figuras como Gentz fueron profundamente

¹⁰³ Sobre las idiosincrasias de Arendt, véase JEFFREY ISAAC, 'Hannah Arendt as Dissenting Intellectual', en *Democracy in Dark Times*, Cornell UP, Ithaca, 1998, pp. 59-73. Sobre Arendt y la Guerra Fría, véase PATCHEN MARKELL, 'Politics and the Case of Poetry: Arendt on Brecht', *Modern Intellectual History* 15/2 (2018), pp. 503-533.

¹⁰⁴ HANNAH ARENDT, 'On Hannah Arendt', en *Hannah Arendt: The Recovery of the Public World*, ed. de M. A. Hill, St. Martin's Press, Nueva York, 1979, p. 334. Curiosamente, Arendt tiene clara una postura ideológica. Más adelante en el intercambio, vuelve a ella: "Nunca he sido liberal. Nunca he creído en el liberalismo".

influyentes en el desarrollo de esta visión. El federalismo cosmopolita que plantea adopta una política descentralizada y democrática encuadrada dentro de estructuras legales federativas. Es un programa que rechaza de plano las narrativas liberales del progreso, rechaza la organización política jerárquica y el nacionalismo, que destierra la soberanía y defiende principios que responden a la fragilidad y la urgencia de los derechos humanos. Desde esta perspectiva, el pensamiento internacional de Arendt no culmina en *Los orígenes del totalitarismo*, sino en *Sobre la revolución*.¹⁰⁵

Traducción de Ismael Romero Máñez

¹⁰⁵ Por sus comentarios y opiniones, me gustaría dar las gracias a Seyla Benhabib, Bill Scheuerman, Christopher Meckstroth, Patchen Markell, Arash Abizadeh, Julie Cooper y Ville Suuronen y a los participantes en la Conferencia Barnard sobre *Exilio e injusticia* en 2019.